



FRANCISCO
Melo
interpreta a
Tartufo en el
montaje del
Teatro
Nacional
Chileno.

“TARTUFO” ya está aquí

Esta vez podría decirse que Molière propuso y la sociedad Benjamín Galemiri-Raúl Osorio dispuso. El dramaturgo y el director unieron sus talentos y esfuerzos para que el Teatro Nacional Chileno montara una comedia, escrita en 1663, con la intención de hablarle a la gente y al Chile de hoy con el mismo objetivo que tuvo el gran dramaturgo francés hace 342 años: mostrar sin caretas la sociedad en que vivimos y sus personajes, denunciando la hipocresía y el doble estándar de la conducta humana. Siempre a través de la ironía, pero sin dejar de lado el sentido profundo de la vida.

“El deber de la comedia es corregir a los hombres, divirtiéndolos”, había escrito Molière (1622-1673) en la primera carta que dirigió al rey solicitando la suspensión de la censura que había sufrido *Tartufo* por presiones de la Corte, ya que el texto produjo hondo malestar. Y agregaba con sorpresa: “Cree que, por el oficio que realizo, no tenía nada mejor que atacar con

estos ridículos retratos los vicios de mi siglo”.

Es un concepto ampliamente aceptado que la gran fuerza de la comedia, como género teatral, está en su capacidad para abordar sin complejos los temas más “serios y profundos”, a través del lenguaje franco y efectivo de la comicidad, al mismo tiempo que juega con lo real.

LO MISMO DE SIEMPRE

Benjamín Galemiri no guardó en el clóset su carácter de dramaturgo cuando tradujo y adaptó *Tartufo*. Por el contrario, decidió utilizar esa capacidad para que la traducción diera cuenta del sentido y la sonoridad de las palabras de Molière en el mundo actual. Incluso introduce textos propios, con claras alusiones a la vida política, social y farandulera de nuestro país, intentando proyectar con esas intervenciones el discurso del autor francés.

Esto se explica porque el dramaturgo

chileno deja un poco de lado la fisonomía de “impostor” y de “falso cristiano” que Molière asigna a Tartufo. Galemiri, en cambio, quiere subrayar el carácter de “seductor” moderno que advierte en este personaje, incorporando su visión personal de la vida y su efecto en la dramaturgia. “Tartufo es un seductor incorregible -comenta el traductor y adaptador- una fusión entre Jean Paul Belmondo y Alain Delon, eternos niños malcriados en busca frenética de gloria, poder y de mujeres. Sin embargo, esconden el dolor del desprecio de sus padres y, por eso, se refugian en los brazos de sus ‘mujeres-madres’ de forma histriónica y patética”.

En esta misma línea reflexiva precisa: “A este huérfano de sempiterno padre, tan chileno, lo veo hoy en los poderes privados y públicos, en La Moneda y en la oposición, en la televisión, en los bancos, en los taxistas. Son hombres con complejo de Edipo que, para enmascarar sus trizaduras y abismos, construyen edificios de palabras, catedrales de adjetivos en esta guerra de la imagen, de los discursos del vacío y de las máscaras que veo en nuestra cómica transición a la democracia, en la que ninguno de nosotros escapa al miserable lado tartufo a la chilena”.

CUESTIONAR LAS “VERDADES”

En función de la puesta en escena, el director Raúl Osorio también aporta su punto de vista. “*Tartufo* cuestiona la verdad a través del juego de las apariencias”, dice, para agregar que “la desnaturaliza-



ELMIRA (la joven actriz Begoña Basauri) encabeza la trampa para desenmascarar a Tartufo.

PEQUEÑA GRAN HISTORIA

EL AUTOR: Jean-Baptiste Poquelin (1622-1673), dramaturgo y actor francés. En 1643, ya como Molière, fundó L'illustre Théâtre, junto con la comediante Madeleine Béjart, proyecto que fracasó. En 1659 obtuvo su primer éxito importante con la sátira *Las preciosas ridículas* y se ganó el favor del rey Luis XIV con *La escuela de las mujeres* (1662), su primera obra maestra. En 1663 presentó los tres primeros actos de *Tartufo*, pero el sentido irreverente y sacrilego que sus enemigos veían en sus obras generó una polémica, que terminó con la prohibición de exhibirla por cinco años. Acosado por sus detractores, especialmente la Iglesia, y debido a que el rey no le pagaba a tiempo, Molière debió trabajar intensamente para subsistir. De las cinco obras siguientes, sólo *El médico a palos* fue un éxito. Estos problemas quebrantaron su salud, aunque en esos años escribe lo mejor de su producción: *El misántropo*, *El avaro* y *El enfermo imaginario*. En 1673, cuando murió en plena función aquejado por violentos dolores, el rey debió intervenir para que la Iglesia le concediera el derecho a sepultura en tierra santa.

ELENCO: Francisco Melo, Blanca Mallol, Mario Poblete, Lorena Bosch, Alejandro Franco, Patricio García, Valeria Germain, Alfredo Portuondo, Jorge Rodríguez, Begoña Basauri, Ernesto Orellana. *Música:* Andreas Bodenhof; *Diseño vestuario:* Jorge Chino González; *Escenografía e iluminación:* Guillermo Ganga.

Sala Antonio Varas (Morandé 25). F: 696 1200. Ju. a sáb., 20.00. \$ 5.000 y \$ 3.000.

ción de la fe (religiosa, social y política), ejercida a nuestra propia medida, no es más que un tartufo disfrazado de buenas intenciones en el soporte de una democracia todavía no resuelta”.

Osorio propone en su versión de la obra que “el personaje central es un producto que hemos generado nosotros mismos, por nuestras propias debilidades y carencias, por nuestros miedos a correr los límites del equilibrio y la estabilidad social”. Cree, además, que las personas “son el reflejo del espíritu que domina una época” y que “el tartufo es una imagen que se nos devuelve, que nos acusa, que se ríe de nosotros, frente a la cual nos reconocemos y experimentamos cierta patética tristeza” ●

LEOPOLDO PULGAR IBARRA